

—¡ Oh ! por piedad ; ten compasion de mí... mira que mi cabeza se desvanece, mira que mi corazon estalla, mira que revientan mis venas, mira que mi alma envenenada quiere salir de mi cuerpo, y verterá todo el veneno de que está repleta, sobre Israel... mira que me voy á desesperar... Caifás; asesino Caifás, devuélveme al inocente Jesús, ó me quitaré la vida, porque tiene para mí un peso mas grande que el de todo el firmamento...

—¿Y á mí qué me importa? Allá te las arregles con el demonio que te inspira; revienta cuánto antes, y cese ya tu lengua inmundada de proferir una palabra mas.

—¡ Oh ! sí, ¡ cesará luego, no lo dudes; cesará luego!... pero su última palabra será para maldecirte!... ojalá que tu alma desesperada experimente los tormentos de la mia. Asesino vil, ojalá que tú y tus compañeros, los asesinos que componeis el Sanhedrin, murais ahogados en la sangre de vuestros hijos; ojalá que os veais azotados con los intestinos de aquellos á quienes dísteis el ser, hasta que exhaleis el postrimer aliento, entre las carcajadas de vuestros verdugos; ojalá que vuestros nietos se vean obligados á comer como bestias inmundas, el sustento depositado en vuestros intestinos... ojalá que la llama de la ira divina empiece á consumiros desde este momento para toda la eternidad... ojalá que aquí en la tierra experimenteis centuplicados los males de Antíoco y de Herodes... ojalá que la rabia infernal que os profeso, pueda ensañarse en vuestras entrañas, despues que haya descendido á la region del horror!...

—¡ Ese hombre está loco! — murmuró Caifás fingiendo tener compasion del estado de Judas, cuando solo lo decia para quitar toda la importancia que podían tener las palabras del traidor.

—¡ Loco ! Sí, loco estoy; asesino!...

Luego deteniéndose de improviso, y cambiando de tono dijo :

—¿ No quieres devolverme al Hijo de Dios, que he puesto á traicion en tu poder?

—¡ Imposible!

—Pues bien, Caifás; pues bien, Anás; pues bien, tribunal de la nacion, oid. Yo que he puesto á Jesús en vuestro poder, yo á grandes voces os digo que es inocente, y que vais á derramar la sangre del Hijo de Dios. Ella caiga gota á gota sobre vuestra cabeza y sobre la mia, para que un mismo destino implacable nos una y confunda en el infierno, á todos los que hemos intervenido en el deicidio...

Jesús dirigió en este momento á Judas una mirada de ternura. Aquella mirada era para el traidor la confirmacion de las dulces palabras de Pedro, era el último llamamiento á la gracia, mas el Iscariote no pudo sostenerla, llenóse del frenesí que se apodera del hidrófobo al ver el agua, y golpeándose la cabeza, y arrancándose los cabellos, precipitóse fuera del salon, atravesando con el empuje de una fiera irritada, la apiñada multitud reunida á la puerta del edificio Gazith.

## CAPITULO IX.

### El suicidio del Traidor.

Sigámosle.

Judas desésperado corria al azar por las calles de Jerusalem, buscando para salir de la ciudad una puerta que no encontraba por causa de su turbacion, á pesar de tener tan conocidas las calles de la capital.

Las gentes al verle acercarse se hacian á un lado, porque como mas arriba hemos dicho, Judas en su aspecto, en sus ademanes y en sus gritos parecia un loco furioso.

Es tan pequeño el hombre, y tan grande era el pecado de Judas, y su desesperacion, que todos los extremos de frenesí, á que el traidor se entregaba, eran lógicos, eran un efecto de las tenebrosas sacudidas, de las voces espantosas del remordimiento que le llevaba en pos de su perdicion, como el huracan lleva un ligero tamo para arrojarle en pedazos Dios sabe donde.

Los gritos que Judas daba eran voces inarticuladas á veces, á veces frases incompletas, á veces pensamientos enteros. La inflexion de voz con que aquel desgraciado se lamentaba, tenia un carácter especial, algo de tenebroso como su crimen y su desesperacion; parecia el fiero ahullido de un perro, que se desespera viendo que no puede desasirse de la cadena que le amarra; parecia el fantástico mayar del gato, encerrado en una habitacion oscura y reducida; parecia el eco impetuoso y fiero del viento, que atraviesa por cien estrechas rendijas á la vez, eco oido allá en la soledad y el silencio de la noche... parecia... No, no es posible que podamos dar á nuestros lectores una idea de las voces y los lamentos de desesperacion que daba el Iscariote, atravesando las calles de la ciudad, y enredándose en ellas, como en un inexplicable laberinto se enreda el que buscando la salida pierde la serenidad.

Y decia Judas con la entonacion pavorosa que hemos descrito:

—Yo soy el traidor,... yo soy tambien asesino como los jueces de Israel!... ¡Para ellos y para mí no hay perdon... no hay perdon!... El me amaba y yo le vendí á sus jurados enemigos..., estos le han condenado á muerte, sin te-

ner en cuenta que es justo, que es inocente, y yo soy responsable del deicidio que van á consumir!... Sí, oye Jerusalén; oye, Israel; tú tienes un tribunal de asesinos; en aquel tribunal se condena á la muerte del bandido al que es inocente, al que venia para ser tú Salvador, y en cambio se absuelve al bandido, para que á mansalva viéndose impune, pueda robarte la bolsa y la vida!... Sí, sí, el tribunal de Israel es un tribunal de asesinos; la ley del Señor les sirve de cuchilla para matar al Mesías... y yo que no soy del tribunal, yo que pertenecia á la compañía del Cristo, yo tambien soy asesino, yo soy mas que asesino, pues he vendido traidoramente á mi Maestro y á mi Dios, y le he puesto en manos de los jueces, para que le asesinaran como si fuera un ladron y un bandido... ¡Maldicion para mí, que he cometido tan enorme delito! ¡Maldicion para el Sanhedrin, que convierte la ley divina en cuchilla, en instrumento de su venganza, en daga para asesinar al inocente! ¡Maldicion para Israel, que no extermina á Judas el traidor y al tribunal de la nacion, á esa manida de viles asesinos, á esa caverna de víboras emponzoñadas que se convierten en deicidas!... Pero ya que Israel no nos castiga como debe, venga Satanás y con sus uñas atormente nuestro corazon hasta hacernos reventar de dolor; venga el infierno todo, y derrámense los espíritus malignos sobre Israel, y cómanselo vivo como los gusanos se comian el cuerpo vil del Idumeo!... ¡Maldicion, ciudad deicida, maldicion sobre tí; sobre todos los que dentro de tí nos encontramos; sobre todo lo que en tí se encierra; sobre todo lo que te rodea! ¡maldicion sobre tu nombre, sobre tu recuerdo, sobre tu memoria!... ¡Ojalá te conviertas en el germen de putrefaccion de la tierra; ojalá los demonios trasladen el infierno á esta region maldita: ojalá Satanás

tome asiento en el Santuario; ojalá que dentro de Gazith se reúnan para siempre los espíritus inmundos, al objeto de tramar conspiraciones para destruir el mundo!... ¡Maldición! ¡Maldición sobre tí, pueblo inmundo, pueblo deicida pueblo que te dejas regir y juzgar por una cuadrilla de asesinos! ¡Maldición sobre mí, maldición eterna, porque por treinta dineros he vendido traidoramente á mi Maestro, á mi Señor, á mi Dios, para que le asesinaran, para que le hicieran morir como un criminal, siendo tan inocente... ¡sí, sí! maldición implacable; maldición eterna!...

Y así iba gritando el Iscariote, y con tales gritos llenaba de pasmo á los que le oían, sin poderse explicar ni el sentido de sus palabras, ni el misterioso y terrible secreto que producía tan extraño frenesí.

Y á la vez que unos le compadecían, tomándole por loco, y á la vez que otros se lamentaban de que se permitiera que en tal estado anduviera suelto por las calles, y á la vez que algunos reconociéndole creían penetrar el sentido de sus imprecaciones, todos se estremecían á una oyendo aquellas voces, y entendiendo aquellas palabras, porque á la verdad eran voces y palabras las de Judas, capaces de estremecer á otro que no fuera el diablo, ó que no tuviese tan duro el corazón, como los sacerdotes y jueces de Jesucristo le tenían.

Por fin, Judas fatigado de tanto correr y de tanto gritar, tembloroso y sudoriento pudo dar con una de las puertas de la ciudad, y salió por ella con la prisa con que el gato sale de su encierro, no bien una mano compasiva le abre la salida.

La puerta por donde salió Judas de Jerusalem daba al valle de Josafat, que estaba al sud de la población.

Cuando hallóse el Traidor ya fuera de la ciudad, no por eso dejó de correr con el mismo frenesí, é impulsado por el

mismo vértigo. A veces volvía los ojos á un lado y á otro; otras veces haciendo un movimiento violento, volvía la cabeza para mirar atrás, cual si quisiera cerciorarse de que á cada paso que daba iba separándose de Jerusalem, cuya vista le causaba cada vez un estremecimiento mas notable de horror.

Decir lo que pasaba en aquellos momentos por el corazón de Judas, es cosa del todo imposible; es empresa que solo podría acometer con éxito la legión de demonios, que le impulsaba á su eterna perdición.

Y hubo un momento en que la fatiga, aumentada por la zozobra, llegó á tal extremo en el desdichado Iscariote, que bien á su pesar, las piernas se negaron á obedecer al impulso, no de su voluntad, sino del vértigo que le dominaba, y en aquel momento fue necesario detener su carrera, y dar con su cuerpo en tierra.

Su rostro estaba encendido, casi amarotado, como una de esas rosas que parecen teñidas con sangre; sus ojos chispeaban como el rayo que rasga la nube; su frente sudorienta ora se comprimía, ora se dilataba con una rapidez febril; sus cabellos rojos y erizados se negaban á tolerar nada extraño que les cubriera, y su respiración parecía en pequeño el eco ronco del viento, que se abre paso por entre la estrechura de dos altísimas montañas. Mordía la tierra; golpeaba frenético con el puño cerrado, ora la roca sobre la cual se hallaba tendido, ora su cabeza y su rostro; hería con la frente el suelo, y esto con tal videncia, que su rostro chorreaba sangre negra y corrompida, sangre que si por acaso daba en un poco de polvo, producía un hervor como el que produce una gota de agraz en un terron de greda, y ora sacudía violentamente la cabeza á un lado y á otro, ora se retorcia convulso y como si tra-

tara de aniquilarse, ora en fin golpeaba el suelo con las piernas y con los piés. A todo esto añadía tremendas maldiciones, que estremecían las mismas rocas del pavimento, y en fin, se entregaba á todos los transportes de una desesperacion, que se hallaba á la altura de su crimen y de su impenitencia.

Satanás, ayudábale á ello con sus infernales y depravadas instigaciones, porque Satanás habia ya sacado todo el partido posible de la vida de Judas, y le importaba llevarle á las eternas mansiones del horror, para poder atormentarle en ellas por siempre sin fin.

Á este objeto procuraba inducirle á cometer el último crimen; á este fin procuraba inducirle á suicidarse. Era la corona de fuego que podia ponerse á las depravaciones, á las iniquidades, á los incalculables crímenes del desdichado Iscariote. ¡El suicidio!... Dirán lo que quieran los que le excusan; dirán lo que quieran los que procuran mitigar su imponderable grandeza, pero lo cierto es que los suicidas, generalmente hablando, antes de llegar al último crimen, que es el de quitarse la vida, han cometido ya otros crímenes, como los cometiera el Iscariote, y piensan que añadiendo uno mas al catálogo infame de sus delitos, podrán escaparse de la tortura y del remordimiento, poniendo fin á su vida.

No; se engañan: los suicidas antes de llegar á serlo han sido unos criminales, pero como sus delitos no son á veces de aquellos que la justicia humana castiga con el palo ó el grillete, se castigan ellos mismos con la muerte, pensando escapar así ó del remordimiento que les destroza las entrañas, ó de la miseria, á que por sus crímenes se hallan reducidos, ó de la deshonra que debe necesariamente sobrevenirles, por consecuencia de sus actos deshonorosos;

de actos que son grandes delitos delante de Dios, pero que las leyes humanas miran voluntaria ó forzosamente, con una indiferencia y una notable apatía.

El suicidio, en general, volvemos á repetirlo, para nosotros es la consecuencia de otros crímenes, que sumados producen la desesperacion, y ponen el veneno ó la pistola en manos del criminal. ¿Qué importa que los crímenes, que conducen á tan lamentable extremo, sean públicos ó privados; sean de aquellos que la justicia humana castiga con rigor, ó pertenezcan al número de los que Dios solo castiga? Examinad la vida de un suicida, y despues decidme no si era católico, no si era hombre de bien, que esto no puede serlo, sino si tenia en paz su conciencia, y á buen seguro que en la inmensa mayoría, hallaréis una existencia cargada de esos *crímenes* innobles, á los que la sociedad criminal de nuestros dias, llama *vicios* excusables.

Pero volvamos á Judas que, no pudiendo soportar el peso de sus crímenes, empieza á pensar que el mejor medio de acallar el grito de su conciencia, es el de apagar de un soplo la luz precita de su vida.

Esta idea la hace brotar en su mente aturdida, (por la incalculable grandeza de los crímenes que ha cometido), el mismo Satanás, que apoderándose del traidor en el acto que Jesucristo le dió un bocado de pan, le ha dirigido en todos sus actos, le ha guiado en todos sus pasos, le ha llenado de valor, para cometer con el mayor cinismo la mas grande avilantez de que puede tenerse idea.

En aquel momento el Iscariote solo de estorbo servía al maligno espíritu, y decimos de estorbo, porque habiendo sacado de Judas todo el partido que se propusiera, no le podia servir en aquella circunstancia ya. Y léjos de servirle, ocupaba la atencion y las fuerzas malignas del dia-

blo, atencion y fuerzas que necesitaba Satanás, para acudir al punto donde su malicia exigia su presencia infame. Este punto era el corazon de los sacerdotes y jueces de Israel.

Al efecto, pues, le interesaba dejar á Judas, pero le interesaba dejarle asegurado, y de ninguna manera podia conseguirlo mejor, que induciéndole á la desesperacion, que poniéndole delante el suicidio, como el único medio para que el Iscariote se desentendiera de sí mismo, y acallara las terribles y amenazadoras voces, que le daba el recuerdo de su incalculable crimen.

Dejándole solo con sus recuerdos y con sus remordimientos, ellos podian guiar á Judas al arrepentimiento; podian quitarle á Satanás una presa que le era tan querida, y para el implacable y cruel enemigo de Dios y de los hombres, la pérdida de esta presa hubiera sido sensible en extremo, aun cuando no habria aumentado sus tormentos, ni disminuido la intensidad y duracion de los mismos.

En su consecuencia empezó á exaltar mas y mas la imaginacion del Iscariote; pintóle con negros colores su crimen; persuadióle de que Dios no podia perdonarle por mucho que se arrepintiera, por mucho que llorase; hízole ver como un pavoroso fantasma el aspecto de su porvenir, alzándose en un horizonte negro y horrendo, y á medida que la imaginacion se le exaltaba al Traidor, los esfuerzos de Satanás eran mas poderosos, mas vivos y desesperantes los cuadros que le presentaba ante la vista aterrada, mas lúgubre y espantosa su situacion.

En aquel momento parecia que todos los combates habian cesado en Judas; al parecer se hallaba tranquilo, discurrendo sobre el *mañana*. Solo el corazon dábele extraños saltos dentro del pecho, mientras que Satanás fanatizaba su cabeza, procurando derramar sobre ella uno que

otro rayo de luz ficticia, que acababa de aumentar el horror del crimen á los ojos del criminal, por el mismo motivo que se lo hacia ver con toda su horrible desnudez, y en relacion al porvenir del que lo cometiera.

Este nuevo cariz de la tempestad, fue tomando rápidamente en él unas proporciones aterradoras. No aumenta la nube tormentosa del verano con tanta celeridad, no llena tan prontamente los anchos espacios del cielo, como aquella especie de calma aparente llenó rápidamente de desesperacion el alma del desdichado Judas.

Una mano hábil la dirigia, recibiendo el impulso de un soplo infernalmente avisado; el precipicio se abria á los piés del Iscariote, y él, léjos de evitarlo, cerraba los ojos, meciéndose confiadamente en sus bordes; ¿qué tiene de particular que se abismara en los tenebrosos senos de su fondo eterno?

Judas hizo de pronto una suspension. Parecia como que deseaba convencerse de que se hallaba plenamente en el uso de sus facultades. Pasó la mano por su frente sudoriente, incorporóse hasta tomar asiento, abrió desmesuradamente los ojos, cual si pretendiera asegurarse de que no dormia, y despues de esto, cogió con entrambas manos su cabeza á la altura de las sienes, como si quisiera impedir un desvanecimiento. Despues pareció quedar tranquilo, mientras que insensiblemente iba ensimismándose... En esta situacion estuvo algunos momentos; luego empezó á estremecerse, sin que por eso abandonara su absorcion, y poco á poco estos estremecimientos fueron aumentando su intensidad y su número.

Y así permaneció aun por unos momentos mas. . . . .

De repente se apodera de él una estraña resolucion, una

actividad particular: diríase que ha madurado una idea salvadora, y que se apresura á ponerla en planta, como si temiera que se le desvaneciese. Su mirada sombría indica una resolución inquebrantable; casi sonríe, si es que Judas puede permitir á sus labios una sonrisa. Se levanta con rapidez y aspira una bocanada de aire; se pasa las manos por las sienes, como si quisiera despejar de esta manera las nubes que oscurecen su agitada mente; clava los ojos en el suelo, primero con atonismo, despues su mirada va animándose por grados, hasta que por fin aparece en sus labios una sonrisa indescriptible, una sonrisa que hace llover, que desgarrar el alma... luego exhala un profundo y fatigado suspiro, y á toda prisa se quita el cordón con que tenia la túnica ceñida al cuerpo.

Á deducir por el modo con que se ase del cordón, este debe ser su única esperanza; este debe ser el motivo que produce aquella sonrisa desgarradora, que vaga por sus labios áridos como una flor marchita.

Judas ya no habla, ya no se esclama, ya no maldice: Judas tan solo sonríe, pero ¡ay! aquella sonrisa es cien veces más pavorosa que sus tempestuosas palabras; que sus ardientes exclamaciones; que sus horrendas maldiciones.

Satanás ha terminado su obra. El desdichado Iscariote va á pertenecerle para siempre de una manera absoluta: el traidor, el mal amigo va á poner el complemento á su obra criminal. No se contenta ya con haber comido en pecado el cuerpo adorable de Jesucristo; no se contenta ya con haber vendido traidoramente á su Maestro, para que los sacerdotes le hicieran morir en una cruz; no se contenta ya con desesperar de la bondad del Eterno, rehusando el perdón que si se arrepiente se le promete... esto

no le contenta ya, y como un abismo llama á otro abismo, y como cuando se ha dado el primer paso en la senda del crimen, el segundo no es difícil, el tercero es fácil y el cuarto se hace natural, Judas quiere poner la corona á sus iniquidades; Judas se dispone á quitar á Dios el indisputable derecho que tiene sobre la vida, que solo de Dios recibió; Judas acaricia con placer la idea del suicidio, y va á ponerla por obra en aquel mismo momento.

El cordón que se ha quitado de la cintura servirá de instrumento para la muerte. Por eso Judas apretándole entre sus manos convulsivamente, se ase de él como de su última esperanza, y sonríe con atonismo... Diríase que con aquella sonrisa saluda la muerte; diríase que con aquella sonrisa dice al infierno:

— ¡Ya voy!...

Y así sonriendo permaneció por unos momentos. Y suspiraba con fuerza, cual si quisiera arrojar su crimen de su corazón por medio de aquellos suspiros, para poder morir en paz.

De improviso mira á un lado y á otro, como si buscara un objeto de pura necesidad, y al ver no lejos de allí una higuera sin frutos y casi sin hojas, de nuevo sus ojos brillaron con intensidad, pero sus labios no se atrevieron á proyectar una sonrisa. Judas, con la frente arrugada y los ojos fuera de las órbitas, dirigióse sombrío al árbol marchito, como si un genio poderoso hubiera ido á maldecirle.

Á medida que se acercaba el traidor al árbol, la agitación tornaba á apoderarse de él, pero lo hacia de una manera tan intensa y tan rápida, tan pavorosa y terrible, que Judas, despues de haberse estremecido varias veces, y despues de haberse mirado con horror con los ojos inyectados

en sangre, corrió hácia el árbol, y arrojó uno de los extremos del cordon á una rama bastante elevada de la higuera, mientras que á toda prisa hacia en el otro extremo un nudo corredizo.

Hecho esto adelantó algunos pasos hácia Jerusalem; puso en ella la mirada llena de desesperacion, y contempló así primero la ciudad, despues el cielo, despues el paisaje que le rodeaba, y pasados algunos momentos, abrió sus labios para hablar.

Su voz era el eco ronco y desesperado del leon que ha caido en una trampa, de la que no puede salir por mas esfuerzos que haga para lograrlo; era el estentóreo grito de un alma, que sabe se despide del mundo para sepultarse para siempre en el infierno. Sus palabras y sus conceptos ¿podian acaso dejar de ser palabras y conceptos de maldicion?

Judas dijo rugiendo:

—Tú, Dios, has encendido en mis entrañas un volcan, con una chispa de tu mirada llena de ira. No has tenido compasion de mí: ¡mejor! tampoco la he tenido yo. La criatura ha levantado contra tí su brazo, y al descargarlo sobre tu Hijo, le ha dado un empuje que le arroja necesariamente á la muerte de los mas infames criminales. Con justicia la ira tuya ha encendido esta hoguera que me consume, y para la cual sirven de pábulo mis delitos y mi crimen. Es justo que me abrases, pero yo no me arrepiento. ¡Yo soy tu enemigo; yo lo seré eternamente, y ni el mismo Luzbel habrá podido tanto como yo!... Abrásame; hazme arder en el fuego de tu eterna ira; ahí tienes mi cabeza que te mira frente á frente... ahí tienes mi corazon que te desafía á que le anonades... Todo lo podrás hacer; todo lo podrás en mí, menos quitarme la fama de haber sido yo

quien ha puesto á tu Hijo en poder de los que le conducen á la muerte!... Házme objeto de tus eternas iras, de tu odio eterno; yo tambien te odiaré eternamente; maldíceme por siempre sin fin, porque yo tambien te maldeciré sin cesar un punto, y cuando los espíritus infernales me pregunten los méritos por los cuales me abrasa tu ira, yo diré á los espíritus del averno, que mi crimen es el mayor que puede castigarse con el fuego y con la ira.

Y diciendo tan tremendas blasfemias, miraba al cielo con la fiereza indomable del mismo Satanás, y parecia desafiar al Señor, para ver si con su omnipotencia podria deshacer lo que hiciera la maldad de aquella insensata y desesperada criatura.

Y viendo que Dios por todo castigo le dejaba sin contestacion, entregado á la violencia del tormento que despedazaba el espíritu precito de Judas, estendió sus manos en direccion á Jerusalem y dijo:

—Maldita seas tú que has sido morada del Altísimo; maldito sea tu nombre eternamente, y tu suelo sea la morada del llanto, de la desgracia y de la desolacion. Los espíritus destructores; los espíritus que siembran el dolor en el corazon de los mortales, hagan en tí su morada predilecta, y no haya ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno, criatura que deje de maldecirte eternamente. Tú has sido teatro de mi crimen; tú serás testigo de mi desesperacion; preciso será que oigas tú mis imprecaciones; preciso es que oigas la maldicion que te dirijo antes de abandonar esta tierra, antes de penetrar en la mansion del horror. ¡Oh! si supieras tú, ciudad deicida, la rabia con que te miro, y el odio que te profeso; si supieras tú, ciudad deicida, los deseos que tengo de que por tus calles corra la sangre á torrentes, hasta ahogar á todos tus hijos;

si supieras tú lo que para tí deseo, estremecidos tus miembros por el horror, quisieras convertirte en ruinas, quisieras verte reducida á escombros, antes que esperar el momento en que mi deseo realizado, pasara sobre tí como un soplo de desolacion infernal!... Posible es que yo no pueda hacerte todo el mal que desearia, pero por ahora tú, gracias á Judas, eres deicida, y el Altísimo, que no deja nada impune; el Altísimo, que aplica los castigos segun la magnitud de los delitos, el Altísimo descargará sobre tí su mano, y se convertirá en instrumento de mis iras, y del odio que te profeso!... ¡Dios! — exclamó en su insensatez, levantando los ojos altaneros al cielo, y estendiendo el brazo en direccion á Jerusalem; — ¡Dios! ¡véngame de esa ciudad cómplice de mi crimen, y encárgate de convertirla en un lugar de desolacion: escribe tu ira y mi ira en todas sus piedras, y cuando la maldigas para siempre, acuérdate tambien de la maldicion de Judas!...

El orgullo satánico de Judas no podia rayar mas alto. El mismo Luzbel hubiera envidiado la imprecacion alta-nera que dirigia Judas á la divinidad, si no hubiese sido Luzbel quien se la inspirara.

Y así permaneció el Iscariote mirando al cielo y mirando á Jerusalem, hasta que viendo que nada le quedaba ya por maldecir, quiso poner fin á sus imprecaciones en esta vida, maldiciéndose á sí mismo.

Al efecto clavó sus uñas en sus mejillas y dijo:

—Y para tí, Judas, y para tí, traidor y deicida, ¿no ha de haber en tus labios una maldicion tambien? ¿Solo tu has de escapar al furor que abrasa tu pecho y que corroe tus entrañas? No, no, Judas; no! maldito seas tu tambien! Pronuncia esa palabra de maldicion eterna antes que la pronuncie el Altísimo; anteponte á sus decretos irrevocables,

y digan los infiernos, que si Dios te ha maldecido, tú lo has hecho antes que Dios!... Sí, Judas, sí; maldito seas por siempre, y maldita la madre que te dió á luz; maldito el licor de vida que absorviste de su seno materno; malditos los besos y las caricias que te prodigó; maldito el primer momento en que abriste los ojos á la luz, y la primera palabra que tus labios balbucearon; maldito sea el instante en que por primera vez pronunciaste el nombre de la divinidad, y maldito el primer soplo de aire que vino á desplegar tus pulmones dentro del pecho! ¡La luz que hirió primera tus ojos hiera en adelante los ojos de los infames, y el soplo primero de aire que respiré, produzca en todos los que le respiren, la traicion, el dolo y el sacrilegio; corrompa sus almas y sus corazones, y pudra las entrañas de los mortales, para hacerles maldecir á coro, á Judas y á Dios!... ¿Por qué cuando dijeron de mí, *ha nacido un hombre*, no dijeron á la vez *un hombre ha muerto*?... ¿Por qué, divinidad que me anonadas, no me hiciste un idiota? ¿por qué no me quitaste la libertad de obrar, y entonces yo no hubiera hecho traicion á tu Hijo? ¿Por qué germinan las ideas en mi mente, y por qué tengo un alma racional? ¡Ahora el abuso de mi libertad me precipita, y el huracan de mi crimen, envolviéndome en sus torbellinos, me arrebata de la vida, para precipitarme en la desesperacion eterna!... ¡Mas no pienses que me arrepiento, no: yo he nacido para maldecirte eternamente, y para maldecirme sin cesar; no temas, te maldeciré eternamente y me maldeciré sin cesar! ¿Para esto me díste la existencia? Pues cumpliré con mi destino: la maldicion eterna descenderá del cielo sobre mi cabeza, pero una maldicion subirá eternamente del infierno al cielo, y esta maldicion será la mia! ¿Y por qué los hombres no han de acompañarnos á tí y á



mí maldiciendo también á Judas? Sí, maldigánme las criaturas, y sea mi nombre el terror del mundo, la execración de los vivientes. Llámenme Judas el Traidor; llámenme Judas el deicida; llámenme Judas el Iscariote (1); tómennme los avaros por modelo, y los felones adopten por calificativo mi nombre, mientras que procuran inspirarse en el espíritu que á mí háme animado; y Dios, y el mundo y Judas se aborrezcan y maldigan eternamente. ¡Oh! ¡si yo pudiera realizar las maldiciones que saldrán de mis labios; si posible me fuera machacar en un almirez á Judas, á Dios y á la humanidad, para envenenarlo todo, formando de todo una masa execrable!... ¡Mas ya que esto no me es posible, lo desearé eternamente, y eternamente escupiré al cielo, para que mi esputo depravado caiga sobre la tierra, y siempre por todo su recinto la peste, el hambre, la guerra, la desolacion, los dolores, el llanto, la desesperacion y la desconfianza en Dios que la ha criado, para que así los hombres, despues de horribles tormentos en vida, vengan á compartir mis penas en el infierno, donde ellos me maldecirán á mí, yo les maldeciré á ellos, y todos maldecirémos á Dios!...

En llegando á este punto de sus horrendas blasfemias, de sus imprecaciones espantosas, Judas parecia mas bien que un hombre desesperado, un espíritu del averno. Sus maldiciones, sus deseos, la conciencia que temia de la justicia de Dios y de su propio crimen, la impenitencia final

(1) La palabra *Iscariotes* en hebreo significa *ahorcado*. Es fácil que se aplicase á Judas despues de su muerte, y no antes de ella. En este caso los Evangelistas le aplicarian este calificativo, tanto para designar con anticipacion su crimen, cuanto para diferenciarle del apóstol del Señor, que conocemos bajo el nombre de San Judas Tadeo. Esta explicacion es, á nuestro parecer, la mas lógica y razonable del calificativo de *Iscariotes*, que se aplica al Traidor.

de que daba tan manifiestas pruebas, todo, absolutamente todo, le colocaba á la altura de los espíritus precitos, que conociendo su crimen, hacen propósitos de permanecer en él eternamente; que sabiendo que si se arrepintieran, la bondad de Dios es tan grande que les perdonaria, no pueden querer arrepentirse; no pueden querer detestar las iniquidades, por las cuales sufren y sufrirán eternamente.

Y Judas el desdichado traidor se hallaba en este caso. Habia no solo desconfiado, sino negado la misericordia del Altísimo, y el poder que tenia para perdonarle, en el caso de que se arrepintiera, y esta negacion es uno de aquellos pecados, que, segun nos dice ese tesoro de ciencia teológica, que se llama *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, no se perdonan ni en esta vida ni en la otra, pues es uno de los que se dirigen contra el Espíritu Santo, es decir, contra el amor que nos profesa el Eterno.

Judas apostrofaba á Dios, por un crimen que Dios no podia hacer mas para evitárselo, si no le quitara la libertad que para obrar nos ha dado, y esto no debia hacerlo el Altísimo; Judas apostrofaba á Dios despues de haber cometido aquel horrendo crimen, cuando Dios le llamara á penitencia de diferentes maneras, pues el Señor deseaba perdonarle, pero Judas, en uso de su libertad, no habia querido dar oidos, ni á sus remordimientos, ni á las razones y súplicas de Pedro, ni á la mirada última de ternura que le dirigió Jesucristo en el cónclave Gazith: Judas tenia su salvacion en la mano, y la rechazaba; un suspiro de pesar, una lágrima de dolor, una palabra de arrepentimiento, hubieran borrado para siempre de su alma la iniquidad de sus culpas, pero Judas no queria exhalar aquel suspiro, no queria derramar aquella lágrima, no queria proferir aque-

lla palabra: ¿debia, pues, Dios salvarle á la fuerza, y contra la voluntad decidida del infeliz interesado? ¿Debia quitarle la libertad para obligarle al arrepentimiento, cuando no se la quitara para impedirle que pecara? No; repugna á la naturaleza de Dios salvar por fuerza á los hombres; los que en uso de su libertad pecan, no deben verse forzados á convertirse y á salvarse á su propio despecho. El pecado es voluntario en el hombre, por eso debe ser voluntario tambien el arrepentimiento.

¿Qué podia, pues, el Iscariote acriminar á Dios? ¿Qué podia echarle en cara á la divinidad, la insensata criatura? Y la altanería de la impenitencia final de Judas era tan insensata, tan maliciosa, como puede ser la altanería orgullosa del mismo espíritu rebelde que le inspiraba, que le impulsaba al suicidio. Por eso, y solo por eso, Judas se habia atrevido á tratar al Altísimo como de potencia á potencia; por eso queria mezclar el nombre de Dios, el destino de los hombres y su propio nombre, para formar un monstruoso y repugnante conjunto de desolacion y espanto, de horror y de maldita confusion.

¿Qué le faltaba despues de todo esto sino la muerte, al desdichado Judas, para parecerse en todo á los habitantes de la mansion del espanto?

Y despues de haber dicho las últimas palabras, que hemos visto estremecidos en sus labios, no los abrió ya para proferir sino unas breves frases mas, y poseido de un extraño frenesí, de un vértigo infernal, acercándose rápidamente á la higuera, encaramóse á ella, ató fuertemente el cordon á cosa de la mitad de una robusta rama, y sentado en ella puso á su cuello el nudo corredizo, que poco antes hemos visto que hacia en el otro extremo del cordon.

Cuando todos estos horribles preparativos hubo llevado á cabo, tentó con las trémulas manos el lazo que rodeaba su garganta, como para persuadirse de que todo estaba bien dispuesto, y entonces con los ojos fuera de las órbitas, asióse con entrambas manos al tronco en que se hallaba sentado, con la intencion de dar mayor empuje á su cuerpo cuando se lanzara al vacío, y en esta situacion gritó:

— ¡Dios! ¡Tú tienes derecho sobre mi vida, porque tú me la has dado, pero yo te quito ese derecho suicidándome, como te he quitado á tu Hijo para entregarlo á la muerte!... ¡Satanás, ven; yo me entrego á tí en cuerpo y alma!... ¡Maldicion sobre Judas!...

Y al concluir estas horribles palabras, dió un empuje á su cuerpo maldito hácia delante, y dando una furiosa sacudida en el espacio, crujió la rama de la cual pendia aquel desdichado, y Judas con la cabeza inclinada hácia un lado, sacudiendo desesperadamente las piernas y balanceando su cuerpo espirante, tenia casi toda la lengua fuera de la boca, ladeada un poco hácia la izquierda, como la llevan los perros á los que atormenta un escetivo cansancio, una sed escitiva, y un desmesurado calor.

Poco á poco los desesperados movimientos, las contorsiones del cuerpo y piernas del Iscariote fueron cesando, hasta que pararon del todo. La vida le habia abandonado ya, y su rostro quedó tan pavoroso, tan desfigurado, denotaba de una manera tan trágica su desesperacion horrible, que hubiera causado espanto al hombre mas fiero y despreocupado.

Su crimen estaba escrito en su rostro, y como el crimen era tan grande, los caracteres con que lo habia escrito la desesperacion, eran verdaderamente espantosos; hacian es-

tremecer el alma, helaban la médula en el interior de los huesos, y paraban los latidos del corazón mas lleno de vida.

¡ Justicia de Dios !

De pronto la rama encorvada, de la cual pendia el cuerpo execrable del suicida, empezó á crujir y á desgajarse del tronco. Parecia que la higuera intentaba arrojar lejos de sí aquel peso infame que la estremecía, y el cadáver de Judas inerte ya, volvió á balancearse en el espacio; mientras que una bandada de cuervos que pasaban por allí, divisado tan buena presa, arrojáronse sobre el cadáver, y se detuvieron unos sobre sus hombros y otros sobre su cabeza. Estos á picotazos le sacaron y comieron los ojos, aquellos devoraron la lengua y los labios del maldito... y graznando estridentemente, parecian formar un concierto de demonios que hacian la oracion fúnebre del traidor.

En tanto la rama desgajándose cada vez mas siguió balanceando el inerte cadáver, y no pudiendo el cordon resistir por mas tiempo el peso del cuerpo de Judas, se rompió instantáneamente. El cadáver en aquel momento, gracias al golpe que acababa de recibir, reventóse, y los cuervos fuéron á devorar sus entrañas, y buscaron en la cavidad de su pecho malvado el corazón del Iscariote.

¡ Escena de horror !... Aquellas aves agoreras corrian graznando por el campo, persiguiendo á la que llevaba en el pico el corazón y parte de las entrañas del Traidor.

¡ Justicia divina !

. . . . .  
Apartemos la vista de este cuadro repugnante y horroroso, porque yo ni tengo valor para completar su des-

cripcion, ni creo le tuvieran mis amados lectores para leerla.

Al terminar, sin embargo, repetirémos aquella frase por todo comentario :

— ¡ Justicia divina !...

### CAPITULO X.

Haceldama.

Verdad es que lo que vamos á referir en este capítulo corresponde á algunas horas despues, pero como nos interesa sobremanera acabar la relacion de todo lo que se refiere á Judas, para que no nos distraiga mas adelante la atencion y no desvirtue el interés de las escenas que vendrán, nos tomaremos la libertad de anticiparlo, cosa que esperamos nos agradecerán nuestros lectores, siquiera por el deseo que nos inspira al proceder así.

Tornemos, pues, para ello á la sala Gazith, y retrocediendo un poco, incorporémonos con los sacerdotes, en el momento en que Judas abandonó su compañía para suicidarse.

La bolsa en la cual iban las treinta monedas de plata se hallaba aun en tierra. Nadie se habia atrevido á levantarla del suelo, y todos la miraban estremecidos, con horror.

Nadie sabia mejor que ellos que la cantidad que allí se encerraba era la mas execrable de todas las cantidades, y su mismo crimen llenábales de estupor, y les impedia recoger aquellas monedas, precio de la sangre del Justo.